

La OTAN, la multipolaridad y la búsqueda de un futuro compartido para la humanidad

NATO, Multipolarity, and the Search for a Shared Future for Humanity

Dr. Alessandro Fanetti

**Analista geopolítico
Responsable del Área de América Latina
y el Caribe del Centro de Estudios Eurasia
y Mediterráneo (CeSEM), Italia**

Fecha: 26 de junio de 2026

Discurso pronunciado en la Conferencia Internacional sobre Seguridad Global y la OTAN, organizada por el Centro de Estudios DÜNYA-MER en Estambul, Turquía, los días 26 y 27 de junio de 2026. Traducido al español

*La paz no puede mantenerse por la fuerza;
solo puede alcanzarse mediante el entendimiento.*

ALBERT EINSTEIN

En primer lugar, quisiera agradecer a los organizadores, DÜNYA-MER y el presidente Semih Koray, de esta importante conferencia, por crear un espacio donde podamos discutir uno de los temas más decisivos de nuestra era: la seguridad mundial y el futuro del orden internacional.

Un saludo cordial de mi parte y de todo el Centro de Estudios Eurasia y Mediterráneo (CeSEM).

Señoras y señores,

El futuro de la humanidad no puede construirse mediante la confrontación entre civilizaciones, sino a través del diálogo, la cooperación y el respeto mutuo. El estudio de la interacción entre civilizaciones, la contribución de las potencias asiáticas emergentes y la construcción de un Futuro Compartido para la Humanidad no son meros temas académicos. Son desafíos políticos y morales urgentes.

Hoy, mientras se acerca la Cumbre de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), estamos llamados a reflexionar honestamente sobre el estado de la seguridad mundial.

En mi opinión, una de las primeras preguntas que debemos hacernos es si la OTAN puede ser descrita simplemente como una alianza defensiva. Desde mi punto de vista, la respuesta es no.

Sus defensores argumentan que sigue siendo una organización dedicada a la defensa colectiva. Sin embargo, el registro histórico de las últimas décadas sugiere una realidad más compleja.

La OTAN ha participado en importantes operaciones militares muy lejos del territorio de sus estados miembros. Entre los ejemplos más significativos se encuentran la campaña de bombardeos contra la República Federal de Yugoslavia en 1999, llevada a cabo sin autorización del Consejo de Seguridad de

Naciones Unidas; la intervención en Afganistán tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, que se convirtió en el compromiso militar más largo en la historia de la OTAN; y la intervención en Libia en 2011, justificada inicialmente como una misión humanitaria, pero cuyo resultado contribuyó a la inestabilidad que sigue afectando al norte de África y al Mediterráneo.

Ya sea que uno apoye o se oponga a estas intervenciones, es difícil negar que han moldeado la percepción de la OTAN en gran parte del mundo. Para muchos pueblos, la OTAN ya no se ve simplemente como una alianza defensiva, sino como un instrumento de proyección de poder dentro de un marco geopolítico más amplio.

Este debate no es solo internacional. También afecta a mi propio país, Italia. Muchos italianos no pueden discutir la historia de la OTAN sin recordar la sombra de Gladio.

La Operación Gladio fue una estructura de retaguardia secreta establecida durante la Guerra Fría, justificada oficialmente como una red de contingencia en caso de una invasión soviética. Su existencia permaneció oculta al público durante décadas antes de ser conocida —y, ¿estamos realmente seguros de que ella misma, o algo similar, no esté aún presente?

Además, el debate en torno a Gladio ha evolucionado gradualmente más allá de los propios hechos históricos. Algunos académicos y observadores políticos sostienen que plantea cuestiones más amplias sobre la relación entre las estructuras de inteligencia, las alianzas militares, los intereses económicos y las instituciones democráticas. Señalan la creciente influencia de los aparatos de seguridad, las industrias de defensa, las redes de presión, los centros de pensamiento y los círculos de política estratégica en la configuración de los asuntos internacionales.

Ya sea que se acepten o no estas interpretaciones en su totalidad, ponen de relieve un tema importante para todos los países: cómo garantizar la transparencia, la rendición de cuentas y el control civil cuando se toman decisiones relativas a la seguridad nacional y las intervenciones internacionales. Esta cuestión sigue siendo muy relevante hoy en día, particularmente cuando se debate el futuro papel de las alianzas militares en un mundo que cambia rápidamente.

Tras la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, muchos creyeron que surgiría una nueva era de paz.

La tesis del "Fin de la Historia" de Fukuyama resume acertadamente la idea errónea que muchas personas en todo el mundo llegaron a creer.

En cambio, se configuró una realidad diferente.

El mundo bipolar desapareció, pero un orden internacional genuinamente cooperativo no lo reemplazó. Más bien, el mundo entró en un período que a menudo se describe como unipolar, caracterizado por la preeminencia de Estados Unidos. Y la OTAN se convirtió cada vez más en uno de los principales instrumentos para mantener ese orden.

Desafortunadamente, este orden es sostenido demasiado a menudo por parte de Estados Unidos, con el apoyo de la OTAN y sus aliados en todo el mundo, de dos maneras principales:

Mediante la promoción de un "dominio" estratégico sobre las diversas áreas que no aspiraban a plegarse al orden unipolar.

Y cuando el "dominio" estratégico no ha sido objetivamente posible, mediante la promoción del *Divide et Impera*.

Y todo esto se ha llevado a cabo siempre a través de diversos tipos de medidas coercitivas, incluidas las militares.

En este caso, muchos críticos argumentaron que la era posterior a la Guerra Fría también fue testigo de la creciente influencia de lo que algunos han llamado el complejo militar-industrial y de seguridad: la red de instituciones, contratistas de defensa, centros de investigación estratégica y actores políticos involucrados en la definición de las prioridades de seguridad a largo plazo. Independientemente de la terminología que se prefiera, la influencia de estas estructuras se ha convertido en un tema importante de debate público en muchos países.

Durante un tiempo, esta estructura pareció indiscutible. Sin embargo, la historia nunca se detiene y, paso a paso, surgieron nuevos poderes, se desarrollaron nuevos centros económicos y se configuraron nuevas realidades políticas.

Países como China y Rusia (por mencionar solo a los actores más importantes, pero con muchos otros "a su lado", al menos en la visión de la necesidad de un nuevo orden geopolítico global), comenzaron a promover visiones alternativas de las relaciones internacionales y a abogar por un mundo multipolar. Y otros estados también buscaron una mayor autonomía estratégica e independencia en los asuntos globales.

Ya sea que uno esté de acuerdo con todas sus políticas o no, el ascenso de la multipolaridad refleja un proceso histórico más amplio: más naciones exigen una mayor voz en la configuración del futuro de la humanidad.

En este sentido, ¿cómo no señalar la existencia de organizaciones internacionales que han tenido un impulso significativo en los últimos años, como, por ejemplo, los BRICS+, la Organización de Cooperación de Shanghái y la Alianza de Estados del Sahel?

Ejemplos de resistencia, por un lado, y de promoción de otro "mundo geopolítico", por el otro.

En este contexto, el papel de Irán, a pesar de décadas de sanciones y presiones, sigue siendo significativo. El país continúa resistiendo los intentos externos de dictar su trayectoria política y se ha convertido en un actor importante en la dinámica regional.

Asimismo, Cuba continúa representando algo mucho más grande que su tamaño geográfico.

En el imaginario político de América Latina (y más allá), Cuba no es simplemente un país. Es un símbolo de soberanía, autodeterminación y resistencia a la presión externa.

Cualquier amenaza dirigida contra Cuba es percibida por muchos en todo el continente y más allá, no meramente como una disputa que involucra a una isla, sino como un desafío al principio de que los pueblos tienen derecho a determinar su propio destino libres de coacción.

Como David frente a Goliath, ha buscado preservar su independencia a pesar de las extraordinarias dificultades.

Cuba nos ha estado mostrando a todos desde 1959 que otro mundo es posible.

Todo esto independientemente de lo que pueda suceder.

En este contexto, Cuba también ha desempeñado un papel importante en los esfuerzos por fortalecer la integración latinoamericana a través de iniciativas como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y el ALBA-TCP, las cuales reflejan aspiraciones de una mayor cooperación y autonomía regional (y, por tanto, de hacer de esta área uno de los polos del nuevo mundo multipolar).

Creo firmemente que la transición de un mundo unipolar a uno multipolar es un proceso complejo, que inevitablemente implicará tanto retrocesos como avances. Sin embargo, un hecho sigue siendo claro: esta transformación es imparable e irreversible, a menos que se produzca un conflicto global destinado a detener su surgimiento definitivo.

También me gustaría decir algunas palabras sobre el país que acoge esta importante iniciativa: Turquía.

Turquía ocupa una posición única en la geopolítica contemporánea y, como tuve la oportunidad de señalar el año pasado, nuevamente aquí en Turquía, en la "Conferencia del Mediterráneo Oriental-Mar Negro", Asia Occidental (y Asia como continente) y sus fuerzas más proactivas, euroasiáticas y multipolares tienen todas las cartas para desempeñar un papel protagonista en la transición hacia el "nuevo mundo". Es claro y directo que Turquía puede y debe desempeñar un papel pivote. Una Turquía plenamente insertada en la "dinámica multipolar", es decir, capaz de jugar todas sus cartas sin ataduras ni lazos externos de ningún tipo. En efecto, hay pocos "Estados-civilización" en el mundo que puedan aspirar al papel protagonista dentro del polo geopolítico de referencia y en el panorama global. Ankara es uno de ellos, por su historia y por las capacidades que aún puede poner en juego. Al servicio de sí misma, de su polo de referencia y de un mundo más justo y seguro para todos.

Hoy, Turquía es miembro de la OTAN, pero ha demostrado repetidamente un enfoque bastante independiente en los asuntos internacionales. Ha mantenido el diálogo con actores que a menudo se encuentran en bandos opuestos de las disputas globales. Ha buscado defender sus propios intereses nacionales mientras navega en un entorno regional cada vez más complejo.

Esta autonomía estratégica puede volverse aún más importante en los próximos años.

Y las recientes declaraciones del ministro de Asuntos de la Diáspora Israelí, Amichai Chikli, quien afirmó que "Siria y Turquía representan una amenaza mayor para Israel que Irán", demuestran una vez más en qué escenario nos encontramos.

En un momento en que Oriente Medio enfrenta inmensas tensiones, lo que la región necesita no son nuevas guerras, sino diálogo, diplomacia y acuerdos de seguridad basados en el respeto mutuo y la soberanía.

Los pueblos de la región han sufrido demasiado por los conflictos.

Lo que se requiere ahora es un marco capaz de garantizar la estabilidad sin dominación y la cooperación sin coacción.

En última instancia, la cuestión central que tenemos ante nosotros es sencilla.

¿Puede la humanidad seguir dependiendo de sistemas contruidos en torno a la rivalidad, los bloques militares, las sanciones y la confrontación geopolítica?

¿O es hora de avanzar hacia un orden genuinamente multipolar basado en la igualdad soberana, la coexistencia pacífica, el diálogo entre civilizaciones y el desarrollo compartido?

Creo que la respuesta es clara.

La seguridad mundial no puede construirse mediante la hegemonía ni la confrontación permanente. No puede construirse sobre la creencia de que una nación, una alianza o un bloque posee el derecho a determinar el futuro de todos los demás.

Un orden internacional estable requiere equilibrio y respeto, el reconocimiento de que la diversidad de la humanidad es una fortaleza y no una amenaza.

El futuro no debe pertenecer a la dominación, sino a la cooperación.

No a la unipolaridad, sino al diálogo entre múltiples centros de civilización.

No al conflicto sin fin, sino a un futuro compartido para la humanidad.

Como señaló hace décadas mi compatriota, el gran intelectual comunista Antonio Gramsci: "El viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer. Y en este claroscuro nacen los monstruos".

Es responsabilidad de todos nosotros asegurar que los monstruos no preponderen, y que, en cambio, prevalezca un futuro de paz y estabilidad.

Muchas gracias.